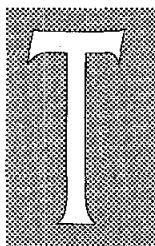


La complejidad cultural

Estudios en la organización social del significado*

Diego Ardiaca



Tal como el mismo Ulf Hannerz lo anticipa en el prefacio, *La complejidad cultural* es una continuación de un apartado de su libro anterior, *La exploración de la ciudad* (1980). En dicho acápite de tan sólo quince páginas, el antropólogo sueco dejó planteados los temas que desarrollará minuciosamente doce años después.

El punto de partida es la afirmación de que el *homo sapiens* es la criatura que crea sentido. Estudiar la cultura será estudiar ideas, sentimientos, experiencias y las formas externas que estas *internalities* toman cuando se vuelven públicas. La discusión que ha habido entre los antropólogos respecto a cuál es el lugar de la cultura –si dentro de la cabeza de las personas o “afuera” inscrito en casos y acontecimientos observables– se

resuelve para el autor al reconocer que está en ambos sitios. La cultura tiene entonces dos lugares: reside en una serie de formas socialmente significativas y en la mente humana, pues estas formas pueden ser significativas porque aquella contiene los instrumentos para su interpretación.

A lo largo de todo el libro, Hannerz contrapone dos ámbitos de organización del significado: La sociedad de la pequeña comunidad y la de la ciudad moderna. Este segundo ámbito es el que le interesa. ¿Cómo serpentea el flujo cultural en sociedades caracterizadas por una profunda división del trabajo que es, al mismo tiempo, una división del conocimiento? ¿Cómo nombrar las culturas de estas sociedades marcadas por la diversidad, por la especialización y a la vez por la ignorancia, por el fraccionamiento total del conocimiento? Estas, en términos de Ulf Hannerz, son *culturas complejas*.

Además de los dos lugares, distingue tres dimensiones de la cultura que le permitirán analizar el flujo cultural en las sociedades complejas.

¹Hannerz, Ulf: (1992). *La complejidad cultural. Estudios en la organización social del significado*. Columbia University Press, New York.

a) Ideas y modos de pensamiento, como entidades y procesos de la mente.

b) Formas de externalización, que comprenden las diferentes maneras en las que el significado es hecho público y por lo tanto aprehensible.

c) La distribución social; es decir, los modos en que el repertorio cultural es esparcido sobre la población y sus relaciones sociales.

El punto de mayor interés es el tercero. Donde la distribución de la cultura sea más compleja, habrá mayor diversidad y más combinaciones de repertorios culturales disímiles. "Una creciente complejidad en la tercera dimensión lleva a una reciente complejidad en la primera, toda vez que la cultura es vista como una estructura colectiva -y no individual- de significado."²

Mientras que la antropología ha optado preferentemente por las pequeñas comunidades y por la primera dimensión, Hannerz enfocará la distribución de la cultura en sociedades complejas, atención que lo devuelve a "la vieja cuestión de la relación entre cultura y la estructura social." Su aproximación a una comprensión de la distribución de la cultura se da desde una perspectiva que puede ser llamada *interaccionista*. Los individuos modelan tanto la estructura social como los significados a través de sus contactos con los otros; las

sociedades y las culturas emergen y toman coherencia como resultado de la acumulación de estos encuentros.

Como actores y como redes de actores, los individuos están constantemente comprometidos en la invención, sostenimiento o transformación de la cultura. A medida que las personas hacen su contribución al flujo cultural, ellos mismos están siendo construidos como individuos y como seres sociales.

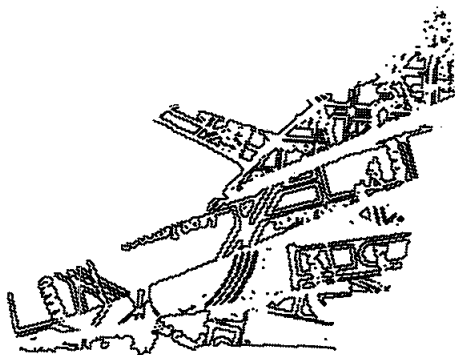
A despecho también de la tradición antropológica, su interés no se centra en la unidad, en lo que todos comparten, sino en las fuentes de diversidad y en sus consecuencias. La idea de relación entre estructura social y cultura que maneja Hannerz está "bastante lejos de aquella vieja y simplista según la cual lo no cultural crea diferencias y a menudo amenaza con conducir a la desintegración y el conflicto mientras que la cultura compartida, a través del consenso o la hegemonía, une."³

La cultura ha sido pensada, erróneamente, según el autor, como un análogo del lenguaje, esto es, para funcionar debía ser compartida. Ella está, en cambio, distribuida, seccionada e incluye la comprensión de esta distribución (la fórmula sería: "Nosotros sabemos que ellos no saben" o, al revés "Sabemos que ellos saben y nosotros no"). Frente a la vieja concepción esquemática, Han-

²*Ibid.* pág. 9

³*Ibid.* pág. 15

nerz afirma que la estructura social está basada, en parte, en diferencias simbólicas. Comprender a la cultura en su diversidad implica otro problema recientemente tematizado por la antropología posmoderna: la voz –o mejor, la escritura– del etnógrafo apaga la polifonía, el texto etnográfico construye una uniformidad inexistente. La consecuencia de esta combinación no es menor: el análisis cultural se vuelve asocial.



El estudio de la cultura debe incorporar a la sociología del conocimiento; la cultura, como texto, es leída de manera diferenciada según las posiciones que los grupos ocupen en el sistema social. Este sistema es, a su vez, creado y recreado, al menos parcialmente, por el flujo cultural.

La cultura como diversidad organizada

La antropología urbana necesariamente debe revisar una tradición centrada en la pequeña escala y en la coherencia, afirma el autor. Si bien

lo diminuto puede ser hermoso, sus postulados no nos sirven para pensar el flujo cultural en las ciudades, sitio en el que por opción u obligación, viven hoy millones de personas. El ritmo de la ciudad implica otros conceptos: diferencias de clase, de género, de raza, de edad, apropiaciones, transformaciones, cooptaciones. A su vez, armonía, equilibrio durable, sentido del orden, adaptaciones suaves, se vuelven caracterizaciones discutibles. “Muchas relaciones (seguramente no todas) están escasamente definidas y son apenas transitorias. Uno interactúa con gente que no conoce y ve gente sin interactuar en realidad con ella”.⁴

Mientras que las culturas de las sociedades de pequeña escala son culturas de cara a cara, de flujo oral del significado, en las sociedades complejas buena parte pasa a través de los medios. Las reflexiones de Ulf Hannerz en torno a los medios siempre merodean a McLuhan o a sus detractores por lo que no aportan nada radicalmente novedoso.

En lo que se refiere a la organización de las relaciones sociales, la retribalización del mundo crea, para Hannerz, una no tribu; la aldea global no es una aldea. Lo que los medios producen es una separación, tanto temporal como espacial, entre la producción y el consumo cultural; la novedad de los medios es la desterritorialización y la atemporalidad.

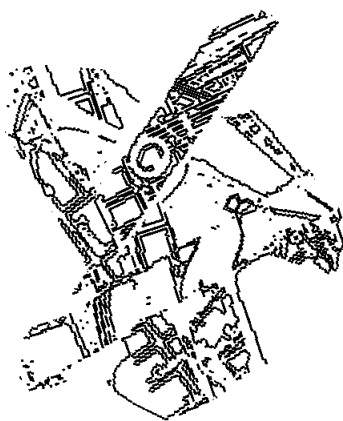
⁴*Ibid.* pág. 44

Como consecuencia de la proliferación de mensajes, la sociedad posmoderna, noción que también revisa, está caracterizada por una multiplicidad de perspectivas y voces. La yuxtaposición se convierte en la experiencia prevaleciente: el sentido del lugar es asimismo incierto; en los medios todo está aquí.

Marcos

En una sociedad de pequeña escala la división del trabajo es mínima; enfrentándose al mismo ambiente físico y utilizando las mismas habilidades técnicas, los individuos tienden a repetir idénticas experiencias. Tampoco hay, en este tipo local, presión para el cambio; el modo de vida se asemeja a una cadena en la que las distintas generaciones son eslabones similares. La fórmula para la organización social del significado, desde el punto de vista de la presentación individual, es "yo sé, y sé que todos los demás saben, y sé que todos los demás saben que todos los demás saben". La clave de este tipo es la redundancia, básicamente se trata de la misma información más que de información desconocida o contradictoria.

En la complejidad contemporánea, en cambio, sistemáticamente se construyen enclaves de no comunión en la medida en que la división del trabajo es división del conocimiento. La comunicación en la sociedad compleja es desigual y fragmentada. "Las culturas complejas, para todos aquellos envueltos en ellas, incluyen



áreas de incompetencia organizada, mapas del conocimiento de los otros, nociones de qué, al menos en principio, puede ser conocido".⁵

En tanto que en estas sociedades el individuo comparte una porción menor del repertorio cultural total, debe estar más al tanto que en la pequeña comunidad de cierto metaconocimiento: debe saber de la propia ignorancia, saber que otros saben más. Este metaconocimiento en grupos sin división del saber sería absurdo; en las sociedades complejas contemporáneas se vuelve esencial. Sabemos que en determinados campos no sabemos: necesitamos saber quién sabe, necesitamos saber a quién creer.

Cuatro marcos organizacionales abarcan la mayor parte del proceso cultural hoy. Ellos son: la forma de vida, el mercado, el Estado y los movimientos. Estos, junto a seis di-

⁵*Ibid.* pág. 45

mensionales de simetría o asimetría estarán presentes en los análisis particulares de Ulf Hannerz.

Aquí sólo señalaremos el aparato conceptual.

La *forma de vida* incluye las prácticas diarias de producción y reproducción: rutinas del lugar de trabajo, la escena familiar, el vecindario. De las cuatro es el marco que más se acerca a la vida de la pequeña aldea; tiende a la estabilidad y a la repetición y, dato importante, no hay especialistas en la producción y diseminación del significado.

En el *mercado* los significados y las formas significativas son producidas y difundidas por especialistas a cambio de una recompensa económica. El mercado presenta una particularidad: permanentemente intenta expandirse para llevar más y más del flujo cultural a su campo, la competencia entre sus agentes y la innovación provoca una tendencia hacia la inestabilidad, indispensable para la renovación.

El *Estado* y sus aparatos –noción que Hannerz no aclara o despeja como debería– se esfuerza en propalar la idea de que el Estado es la nación y en construir culturalmente a los ciudadanos. El estado también tiende a la estabilidad del sentido, sobre todo en las concepciones de historia y tradición.

Finalmente los *movimientos* –étnicos, de mujeres, ecologistas– buscan

ante todo la transformación del significado; se trata de organizaciones preocupadas en el “despertar conciencia”, fomentan la más deliberada y explícita deriva del sentido. Como los dos anteriores, sólo será efectivo si afecta los modos de vida.

La importancia de los marcos en los que circula el flujo cultural está dado por las diferentes tendencias centrífugas y centralizadoras que presenta cada uno, en las relaciones que a su interior se dan entre poder y cultura y en sus economías culturales.

Tematizar los marcos lleva a rechazar la ecuación “una sociedad, una cultura”. El espacio, nos dice Ulf Hannerz, ha dejado de ser para las culturas contemporáneas una variable definitoria.

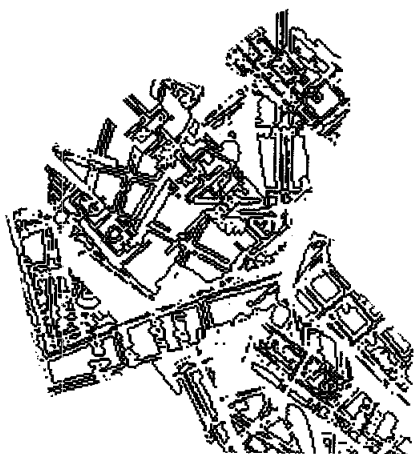
Como ya mencionamos, el análisis cultural remite a la sociología del conocimiento, especialmente a uno de sus postulados favoritos: el concepto de realidad que tenga una persona depende del lugar que ésta ocupe en la sociedad. Donde existe la división social del trabajo, existe la división del conocimiento. Esta sumerge a la cultura, como sistema colectivo de significados en la economía: mucha de nuestra cultura de hoy es sólo asequible a través de un precio.

El autor completa esta visión institucional con otra más formal y abstracta donde la cultura es completada a partir de seis dimensiones de simetría y asimetría.

Perspectivas

Cercana a la noción de *habitus* de Bourdieu, Hannerz utiliza el término “perspectiva” para definir a la “porción individual de cultura”.⁶

La perspectiva es el dispositivo que organiza la atención e interpretación que los individuos dan a las formas significativas públicas, así como la producción del sentido la perspectiva existe en una zona de tensión entre la cultura y la estructura social; en la sociedad comunal tendiente a la uniformidad y la estabilidad, esta tensión es mucho menor que en las sociedades complejas. Ulf Hannerz no nos proporciona demasiados datos para rastrear el origen de cada perspectiva individual, sólo nos dice que se trata de una estructura biográfica y que, en la medida en que en las sociedades modernas hay más variación en los repertorios de roles, la perspectiva-



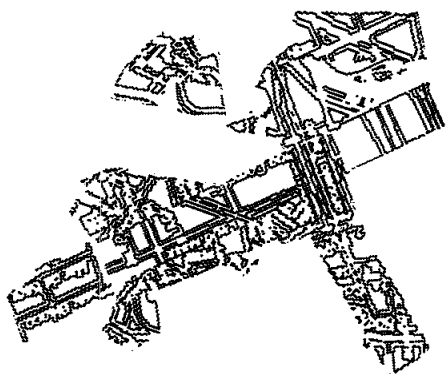
ción del significado implica menor comunión cultural. En estas situaciones, puede haber construcción social de la realidad, pero hay también una destrucción social toda vez que la validez de un sistema individual de significados es tácita o explícitamente negado por otra perspectiva.

La perspectiva organiza la experiencia nueva, crea hábitos, se convierte en un paradigma personal. La cultura, término que según el autor no tiene porqué ser reservado para grandes unidades —con una diada ya hay cultura—, puede ser vista como un entrecruzamiento complejo de perspectivas; como una red de perspectivas de la que surge una continua producción de formas simbólicas públicas.

La perspectivación del significado es una poderosa máquina creadora de diversidad cultural en el seno de las sociedades contemporáneas. “Llámemosle a la red polifonía, en tanto que las perspectivas son a la vez voces; pongámosle conversación, si presenta consenso; nombrémosla debate, si queremos enfatizar la contestación o describámosla como cacofonía, si lo que pretendemos es remarcar el desorden”.⁷ “Donde algún grupo de personas tiene un mínimo de vida en común, la cultura crece”. La afirmación, que toma de Everett Hughes, le permite problematizar la noción de subculturas,

⁶*Ibid.* pág. 65

⁷*Ibid.* pág. 68



término que utiliza luego de aclarar sus inconvenientes, pues, por ejemplo, si una cultura de clase es una subcultura, hay también subsubculturas, como la cultura de la juventud dentro de ella.

La literatura corriente por lo general exagera el aislamiento de la subcultura: la diversidad al interior de una cultura compleja se revela como ramilletes de significados entramándose a distintos niveles de generalidad, a veces envolviendo dentro de una a otra: subculturas, subsubculturas. Es posible, en la concepción de Hannerz, que una cultura compartida a cierto nivel de principios generales, dé lugar a diferentes culturas en el nivel de los contextos específicos. Estos diferentes niveles de abstracción son los que nos permiten referirnos, en medio de la diversidad, a una cultura nacional.

La autonomía de las subculturas también es puesta en duda por los aparatos culturales —categoría que toma de Wright Mills—⁸ especial-

mente por la escuela y los medios masivos. Hannerz no presagia una homogeneización ineluctable, pero sí nos recuerda las apropiaciones y préstamos del flujo cultural. La asimetría y poder centrípeta que estas instituciones contienen mitigan la fuerza diversificadora de la división del trabajo o de la diferencia étnica.

Ambas tendencias, centrípeta y centrífuga, deben ser consideradas conjuntamente; puestas a la par, ya que entiende que ninguna de las dos puede ser enteramente verdadera. En un segundo momento, deben ser tomadas aparte y reinsertadas en todas aquellas instituciones que, como aparatos culturales, median entre productores y consumidores.

El flujo cultural, lejos de circular libremente, padece de costos y obstáculos. Costos en el sentido de asimetrías de poder y recursos materiales, obstáculos en tanto los canales de distribución del significado y de las formas significativas se comportan como espacios estriados: la desigualdad es la base de la distribución simbólica.

Las prácticas restrictivas en el manejo del significado apuntan tanto a lo que se puede conocer (el secreto sería su expresión más fina), como a la censura en el uso de formas particulares de externalizaciones del significado.

⁸La función básica de estos aparatos es la de mediatización entre una persona o relativamente pocas y una gran cantidad (audiencias, clientes, espectadores)

Este mundo, ultraespecializado, con miles de universos simbólicos, es un mundo de expertos y legos, en el que saltar el zanjón de la ignorancia se torna cada vez más difícil.

La consagración de la cultura como poder se da en la figura del experto.

Repitiendo, sin citarlo, argumentos de Feyerabend, expone como en Occidente la autoridad de los médicos se basa en la no transferencia de conocimiento: poder y saber se vuelven inseparables, aseveración que alcanza al trabajo de los intelectuales, tecnócratas y miembros de la *intelligentsia*.

La cultura fluye, pero en buena parte contiene diques, la distribución de cultura que resulta en una sociedad de apropiaciones es la suma del trabajo de una variedad de principios y estrategias de manejo individual y colectivo del sentido.

El torbellino urbano

Si buena parte de las reflexiones en torno a la vida en la ciudad están basadas en la obra de Simmel, las argumentaciones acerca de las interacciones y el modo en que se producen las objetivaciones saben a Schutz.

La organización del significado es una cuestión de perspectivas en relación a perspectivas, de una red, como habíamos convenido antes. El mundo se presenta como una totalidad de autoevidencias que todos

compartimos: el sentido común da a la realidad por sentido.

Esta fascinación por la uniformidad del sentido común, dice Hannerz, corre riesgos en el torbellino de las ciudades: los contactos con el otro, con el otro distinto, amenazan nuestras asunciones sobre el mundo, nuestra seguridad cognitiva. Vivir en una ciudad es arriesgarse al peligroso experimento de vivir al mismo tiempo en mundos diferentes.

Lo que McLuhan llamó "implosión" encuentra, para Hannerz, su expresión verdadera, quizá más eficaz y violenta, en el urbanismo. Los encuentros y choques entre perspectivas constituyen una fuente inigualable de nuevos significados. Las culturas complejas, asegura, incluyen una pluralidad de versiones de sentido común más o menos contrastantes que se inclinan por la estabilidad, pero que pueden desbaratarla si las condiciones de vida cambian o si esas versiones se embisten entre sí; hay cierta tendencia hacia la innovación, en tanto que la competencia implica una demanda de productos y señales de distinción. La moda hábilmente explotada por el mercado, es una muestra de cómo se pueden moldear deliberadamente conjuntos simbólicos.

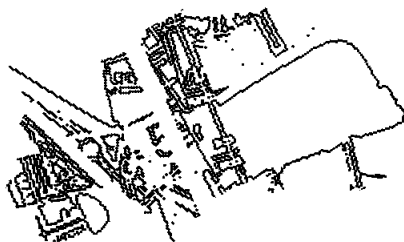
De todos modos, y en buena parte por obra de la tecnología de los medios que no cesan de crear documentos, las culturas complejas contemporáneas son de acumulación antes que de sustitución: lo nuevo y

lo viejo, lo de aquí y lo de allá encuentran condiciones de coexistencia.

Focalizando su interés en la diversidad, queda por responder la ligazón interna de una cultura, qué es lo que la vuelve una unidad. Los antropólogos que piensan a las culturas como sistemas simbólicos, afirma el autor, tendieron a ver la integración cultural como un asunto de coherencia. Ellos se empeñaron en encontrar la unidad de carácter no sólo entre los *zuni* o los *kwakiutl*, sino también entre los rusos, los franceses, los mexicanos, etcétera. Estos retratos, concluye, ya no son efectivamente posibles, entre estas gentes hay demasiadas diferencias, demasiadas excepciones.

La concepción de coherencia no presta atención al hecho de que las culturas contemporáneas están caracterizadas más por la diversidad interior que por alguna uniformidad envolvente. ¿Qué podemos entender por coherencia —se pregunta Hannerz— en culturas en las que las perspectivas divergen y chocan, donde la gente busca obtener ventaja en el hecho de ser distintos, donde los grupos están permanentemente alejándose de lo que se da por sentado en su lucha por nuevas interpretaciones, donde la ganancia de los expertos parece darse a expensas del sentido común y, donde en el seno de una división del conocimiento, los especialistas prefieren hablar con otros especialistas? Una noción de coherencia que haga justicia con el

carácter particular de las sociedades contemporáneas debe ser construido en torno al hecho de que la gente puede, en un grado mayor o menor, sacar algún sentido de los significados de otra gente, de sus ideas y de las formas externas de éstas.



Concibiéndola de este modo, por un lado queda claro que la diversidad no es sinónimo de incoherencia, por el otro, que bajo estas condiciones de heterogeneidad la coherencia es problemática. La coherencia es algo a ser trabajada por los individuos, ni siquiera por todos, es algo que se logra en mayor grado en algunas áreas significativas, nunca un trabajo completado, más bien está siempre amenazado. La desconexión es el ámbito de los mediadores culturales de aquellos que tienden puentes entre los legos y los expertos: críticos, revisionistas, comentadores, divulgadores. Los sistemas difícilmente pueden afrontar la doble condición de ser complejos y estar altamente integrados, la combinación los inmovilizaría. “Mejor espurios y vivos que genuinos y muertos”⁹, concluye Hannerz.

⁹*Ibid.* pág. 169

Las sociedades ganan elasticidad si sus culturas –y no su cultura– transportan una variedad de modelos, algunos de ellos, incluso, disfuncionales, pero a los cuales se puede recurrir en caso de cambios drásticos.

reseña

La coexistencia urbana de sistemas distintos de significados deja lugar también a la *serendipity*, al encuentro casual, al azar frente a la tiranía continuista del código. Esta es la grandeza de las ciudades o quizá lo fue, en tiempos en que era la arquitectura y no las redes electrónicas la que definía el espacio social. Esta fue la grandeza de la Viena de fin de siglo, la del San Francisco *beat* y la Calcuta decimonónica, nos dice el autor en las bellas descripciones que hace de cada una.

La complejidad cultural es un libro con altibajos, armado en base a conferencias ofrecidas entre 1983 y 1989 y con marcas de ese origen fragmentario. Más allá de sus análisis de casos particulares, a veces discutibles, nunca arbitrarios, la obra tiene una gran impronta teórica, no cesa de esforzarse por revisar y redefinir categorías; se presenta como una caja de herramientas, como un maletín lleno de conceptos a trabajar y que bien pueden servirnos para intentar explicar la experiencia de la ciudad, ese peligroso experimento de vivir al mismo tiempo en mundos diferentes. ♦